CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

LA EUCARISTÍA, ESCUELA DEL AMOR CONYUGAL

"La Eucaristía, escuela del amor conyugal", este es un poco el título que le he puesto a la reflexión: "La Eucaristía, escuela del amor conyugal".

¿Qué tiene que ver la Eucaristía con mi matrimonio? Es una pregunta importante, es una pregunta importante.

Si hiciésemos una pregunta a los católicos practicantes sobre **por qué acuden dominicalmente a la Eucaristía**, si hiciésemos esa encuesta, supongo que las respuestas darían para mucho ¿no? Algunos dirían: «*Oye, por qué es importante ser humilde y obediente a los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia*», que no es poco que alguien diga eso. Otros dirían: «*Porque valoramos la herencia recibida de nuestros padres, queremos seguir su estela*». Otros dirían: «*Pues porque queremos dar buen ejemplo a nuestros hijos*». Otros dirían: «*Porque hay muchas cosas que pedirle a Dios, y la familia que reza unida permanece unida ¿no?, tenemos que pedirle tantas cosas*». Otros dirían: «*Porque la palabra de Dios explicada los domingos ilumina los pasos de nuestra vida*». Otros dirían: «*Porque, mira, porque en la liturgia que celebramos los domingos encontramos paz, paz y consolación*» ¿no?

Todas las respuestas que he dicho y algunas más que se nos pueden ocurrir, todas obviamente son buenas, todas hay que sumarlas. Pero quizás les falta a todas estas respuestas que he dado una que es clave, una que es clave, y es la importancia de renovar la alianza.

La Eucaristía hay que entenderla en clave de alianza, **el matrimonio lo entendemos en clave de alianza**, por eso la Eucaristía y el matrimonio se iluminan, se iluminan mutuamente, tanto el matrimonio como la Eucaristía son una alianza fundada en Cristo, la alianza de Cristo con su Iglesia.

Esto es importante subrayarlo porque precisamente **la crisis contemporánea** en buena medida se caracteriza por la crisis de vínculos.

Hubo un documento, si recordáis, en el año 2023 de la Conferencia Episcopal Española, "*El Dios fiel mantiene su alianza"*, que era un documento muy inspirado por Don Luis Argüello. Y Don Luis Argüello ahí el hombre proyectó, aunque fue después un documento de toda la Conferencia Episcopal, pero sin duda fue él el que lo gestó, el que lo dio a luz, y él se atrevía a hacer un diagnóstico del mal, del mal que vivimos, y el diagnóstico es desvinculación, o sea, nos desvinculamos, crisis de desarraigo, disolución de lazos sociales, ruptura de compromisos. Este es el diagnóstico: la desvinculación, somos como náufragos sueltos ¿no?

Entonces, la evangelización en medio de esta crisis contemporánea consiste en restaurar nuestros vínculos, nuestra alianza, superar la desvinculación antropológica. Y para eso, señores, pues no hay otra fórmula que descubrir la alianza en la que hemos sido constituidos ¿no?

Entonces, **la Iglesia nos recuerda** no solo que tenemos un vínculo creacional, que somos hijos del Padre ¿no?, estamos vinculados por el hecho de existir, somos criaturas y estamos vinculados con el Creador, nuestro vínculo es ontológico. Pero no solamente eso, sino que por la Revelación nos dice que nuestra vinculación ha sido elevada a una categoría sacramental de la alianza de Dios con el mundo, de la alianza de Jesucristo con la Iglesia, esto es lo que queremos subrayar.

Permitidme una pregunta así un tanto directa de esas: ¿**Por qué hoy cuesta tanto ser fiel**? ¿Por qué hay tantas infidelidades matrimoniales? Bueno, pues porque hemos perdido el horizonte de lo que es una alianza, "*Yo he hecho una alianza, he hecho un compromiso*" ¿no? Hemos pasado de comprender el amor como «*Yo me entrego a ti, me comprometo y me entrego a ti*» a entenderlo de otra manera, bajo el paradigma romántico de «*Mientras me hagas feliz, permanezco contigo*», vamos que hemos cambiado el paradigma completamente, hemos olvidado el compromiso de la alianza. Incluso lo hemos ridiculizado, hoy en día se ha ridiculizado el compromiso de la alianza: «*Eso es un contrato de papeles*». Os recuerdo la famosa canción esa de Pablo Milanés del año 78 que decía: «*Yo no te pido que me firmes diez papeles grises para amar*», es que es curioso, estar cantando esa canción que es una especie de burla a la alianza matrimonial desde el paradigma romántico ¿no?, una burla.

En resumen, **la Eucaristía es** el lugar donde Cristo vuelve a enseñarnos cada domingo a pronunciar un «sí», la Eucaristía es el lugar en el que se renueva la alianza. Por eso, entre todas esas razones que he puesto al principio para que un matrimonio viva la Eucaristía dominical, una muy importante es: vamos a la Eucaristía dominical como matrimonio a renovar nuestra alianza, la renovamos con el «sí» que pronunció Jesucristo. La gracia de esa alianza matrimonial es alimentada por el «sí» de Jesucristo, por el sacrificio de Cristo presente en la Eucaristía.

Esta es la tesis ¿de acuerdo?, esta es la tesis.

Pasajes bíblicos

Ahora buceemos un poco en los pasajes bíblicos. Hay especialmente **tres lugares en la Sagrada Escritura** en los que nos asomamos a ver cuál es la comprensión de esa alianza, esa alianza que Dios hizo con nosotros. Los tres lugares son el Sinaí, el Calvario y el Cenáculo.

1. **El Sinaí**.

Voy a Éxodo, desde el capítulo 19 en adelante.

En el Sinaí vemos que la alianza es una donación, una promesa, allí se dice: «*Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*». O sea, que la alianza no nace de un mero

sentimiento, sino de una palabra dada: «*Yo te recibo, yo me entrego a ti*», eso aprendemos en el Sinaí, Dios no se limita a expresar afecto por el pueblo elegido, se compromete con él. Del mismo modo que el matrimonio transforma el amor en una entrega vinculante, fiel, definitiva.
O sea, que la alianza del Sinaí es *versus*, podríamos decir, de ese paradigma romántico en el que no hay compromiso, no hay entrega, sino que es una especie de … meramente reducimos nuestra relación a un sentimiento, que «*mientras que sienta esto...*». «*es que he dejado de sentir por ti*» o «*ya no siento*». Claro que eso ya está ocurriendo muchísimo, ¿no?

Todavía recientemente una persona me escribía al programa de *Sexto Continente*, además lo comenté, leí su caso en el programa, era un hombre que estaba desolado. Estaba desolado porque de repente su mujer le dice: «*Es que he dejado de sentir por ti*». Y madre mía, estaba el hombre que incluso preguntaba: «¿*Y yo ahora cómo planteo mi vida*?», el hombre hacía una pregunta que era terrible, ¿no?

Bueno, el Sinaí nos enseña lo que es esa fuerza de la determinación, del compromiso de entrega.

2. El Calvario.

El Calvario subraya la entrega sacrificial: «*Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros, esta es mi sangre que se derrama*».

O sea, la alianza no consiste en entregarse mientras que todo sea agradable, sino que el Calvario subraya que la fidelidad es capaz de decir: «*Yo te pertenezco también en el sufrimiento, también en la enfermedad, también en la pobreza, también en la cruz*». Eso es algo que subraya la alianza, que la vemos reflejada en el momento del Calvario.

Y decía que hay tres lugares: Sinaí, Calvario y Cenáculo.

3. El Cenáculo

En el Cenáculo se subraya que la alianza es presencia y alimento. El Esposo no solamente se entrega, es que permanece, permanece en la Eucaristía, en el Cenáculo, no basta con decir «sí» una vez, el amor necesita ser renovado cotidianamente mediante pequeñas entregas. En el Cenáculo, además, Cristo se hace alimento del otro, el amor conyugal está llamado a pasar de la pregunta «¿*qué me puede dar el otro*?» a «¿*cómo puedo ser yo alimento, consuelo, descanso y don para el otro*?». Eso lo vemos en el Cenáculo.

Fijaros que el Evangelio de San Juan, que no da puntada sin hilo, (porque San Juan obviamente siempre está de alguna manera complementando la perspectiva de los sinópticos), en el momento de la institución de la Eucaristía, en vez de narrar las palabras (es el único Evangelio que no pone las palabras "la institución eucarística"), y en vez de eso relata el episodio del lavatorio de los pies. Y el lavatorio de los pies no deja de ser una especie de radiografía de lo que es la Eucaristía, los sinópticos hacen una fotografía, San Juan hace una radiografía, porque la Eucaristía es Cristo poniéndose de rodillas y entregándose en amor y en servicio, «en todo amar y servir» ¿no?, o sea,

como que la Eucaristía nos enseña a amar, nos enseña a llevar adelante el lavatorio de los pies.

Bueno, esta es nuestra fe, señores. Por eso decimos que la Eucaristía y el matrimonio se están iluminando mutuamente, porque los dos están vinculados por la alianza, la alianza de Jesucristo con nosotros.

La clave eucarística de la expresión del amor conyugal

Doy un paso más. Quiero subrayar algo de lo que muchas veces no hemos subrayado quizás suficientemente: la clave eucarística de la expresión del amor conyugal.

El amor conyugal se expresa de muchas maneras, pero hay una que es la consumación de esa expresión, que es el abrazo conyugal. **El abrazo conyugal**, la entrega sexual entre el marido y la mujer, la cual Dios puede bendecir para la transmisión de la vida, es como la visualización de esa entrega plena.

Bueno, pues quiero subrayar que también eso **tiene una clave eucarística**, es importante que ese abrazo conyugal encuentre en la Eucaristía, en la alianza que se renueva en la Eucaristía, encuentre su expresión.

Cuando ahí escuchamos: «*Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre que se entrega*», ¿qué se están diciendo? ¿Qué está diciendo Cristo a los matrimonios en la Eucaristía? Que, desde esa expresión: «*Este es mi cuerpo que se entrega*», «me entrego por ti», «todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío», también se lo dice no únicamente Cristo a nosotros, se lo dicen entre los esposos, esas palabras de Cristo eucarísticas tenemos que verlas también expresadas por los propios esposos, entregándose el uno por el otro: «*Yo me entrego por ti, yo derramo mi sangre por ti*», lo mismo se dicen los esposos, lo que Cristo nos dice a nosotros. Es como una mística eucarística en la que se debe iluminar que la vocación matrimonial a ser esposos nos une en una sola carne, es la expresión del abrazo conyugal, de la consumación del matrimonio vista en ese «*me entrego a ti plenamente siendo una sola carne contigo*».

El mismo abrazo conyugal está llamado a participar de esa lógica del don, de la lógica del don: me entrego a ti, es una donación, los dos serán una sola carne. Por eso, obviamente, estamos llamados a entender la santidad del abrazo conyugal desde esta inspiración eucarística, porque de lo contrario, la entrega sexual, el abrazo conyugal, está desfigurado, desfigurado por una posesión, por una concupiscencia que nos lleva a utilizar al otro para buscar un placer. Tenemos, por lo tanto, que purificar esa deformación de la entrega sexual y, desde esa mística de la Eucaristía, descubrir su verdadero sentido. Es una donación, consagrados por el Espíritu como la expresión de la alianza matrimonial.

El abrazo conyugal no está llamado a ser gobernado por la concupiscencia de la carne, sino por el amor que el Espíritu Santo derrama en el corazón de los esposos. Porque en

virtud del sacramento del matrimonio, por el don del Espíritu, esa entrega sexual se eleva, se sana, se integra en la alianza de Cristo con su Iglesia.

Y así entendemos, por ejemplo, ese pasaje de la Sagrada Escritura que es impresionante, de Tobías, ¿lo recordáis?, la oración de Tobías y Sara en el día de su boda. Cuando se retiran a su habitación nupcial, **Tobías 8, versículos del 4 al 8**, allí leemos la oración que hicieron: «*Bendito seas, Dios de nuestros padres, y bendito sea tu nombre por todos los siglos de los siglos. Tú creaste a Adán y le diste a Eva, su mujer, como ayuda y apoyo. De ambos nació el género humano. Tú dijiste: "No está bien que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda semejante a él". Ahora, Señor, tú sabes que yo no me caso con esta mujer por satisfacer mi pasión, sino con recta intención. Ten misericordia de ella y de mí, y haz que podamos vivir juntos hasta la vejez*». Y ambos dijeron: «*Amén, amén*». Ese es un texto impresionante, la oración que ellos tienen antes de su abrazo conyugal. O sea, que no viven ellos su unión conyugal como algo separado de Dios, sino que lo ponen bajo la mirada de Dios mediante la oración.

Y esto nos ayuda a comprender que el abrazo conyugal está llamado a ser vivido como don, alianza, misión. Y tenemos que recordar las palabras eucarísticas de «esto es mi cuerpo y esta es mi sangre». Bueno, esto es muy importante, de lo contrario, tenemos una espiritualidad que hemos desvinculado la vida de la alianza y de la Eucaristía.

Permitidme un excursus, ¿de acuerdo?, un pequeño excursus. Esto se lo escuché en un retiro que estuve recientemente de amor conyugal y me pareció muy inspirador. ¿**Por qué el abrazo conyugal pertenece exclusivamente al matrimonio**? ¿Por qué pertenece exclusivamente al matrimonio? ¿**Por qué el abrazo, la unión sexual, no pertenece al noviazgo**? ¿Por qué no?

Bueno, me permito un ejemplo quizás un poco atrevido, pero estoy dispuesto a matizar, purificar o rectificar si el ejemplo no... si soy demasiado atrevido. No lo veo a Luisfer por aquí, que Luisfer seguro que haría … ese es mi censor y luego me matiza cosas siempre. Pero bien, yo lo voy a lanzar. Vamos a ver, imaginémonos, yo diría la siguiente razón: ¿acaso un seminarista sería lícito que pronunciase las palabras de la consagración, «E*sto es mi cuerpo y esta es mi sangre*»? ¿acaso sería lícito que un seminarista hiciese la consagración eucarística sin haber sido ordenado sacerdote? Pues no, se diría: «*Tú eres seminarista, tú todavía no has sido consagrado sacerdote para llevar adelante la celebración del sacramento de la Eucaristía*».

Bueno, pues *mutatis mutandis*, me atrevería a decir que el lenguaje corporal de la sexualidad dice algo que tiene que ser verdadero, tiene que ser sostenido desde una realidad objetiva. Y es que por el sacramento del matrimonio hemos sido consagrados y hemos sido introducidos, los esposos han sido introducidos, en la alianza de Cristo con la Iglesia, han sido objetivamente introducidos. Por eso cuando ellos dicen: «*Me entrego a ti, te recibo y me doy totalmente*», lo hacen desde esa consagración que han tenido también en ese sacramento que les ha introducido en esa alianza, y antes no tenían esa consagración ¿me explico?, no la tenían. Igual que el seminarista pues no está consagrado, no ha sido ungido para que pueda transformar el pan y vino en el cuerpo y la sangre de Jesús.

Por lo tanto, para que nuestra entrega conyugal tenga sentido, no basta con una buena intención, no basta con tener un sentimiento de enamoramiento, hay una realidad

sacramental que hace posible y verdadera esa acción, que la santifica integrándola sacramentalmente en la unión de Cristo con su Iglesia. El abrazo conyugal no es un acto aislado del matrimonio, es la expresión corporal de una alianza que ha de estar siendo vivida en la totalidad de la existencia.

Cuánto se sufre hoy en día por no encontrar **el sentido de la sexualidad**, cuánto se sufre, cuántos palos de ciego se dan, cuántos matrimonios hay que tiemblan, que crujen desde un paradigma contaminado por el influjo primero del romanticismo y luego de la impureza, de la pornografía, del mayo del 68. Se está hablando de la sexualidad como de una búsqueda de métodos para obtener mayor satisfacción genital, a ver si la sexualidad es más satisfactoria. Pero en realidad la gran pobreza es no entender cuál es el sentido primero, el sentido natural con el que Dios creó la sexualidad, y luego además cómo ha sido elevada por el sacramento del matrimonio a una alianza que la ha integrado en la donación de Cristo a su Iglesia, no entender eso es ir a ciegas, es vivir la sexualidad sin su sentido.

Lo que se necesita es, no técnicas de sexualidad, lo que se necesita es entender el sentido del amor, el sentido de la alianza sacramental del matrimonio. El problema fundamental no suele estar en el funcionamiento del cuerpo, sino en el del corazón. Y no digo que no tenga razón de ser que existan también personas que se especialicen, sexólogos, ya, pero el problema principal suele estar no en el funcionamiento del cuerpo, sino en el del corazón.

Eucaristizar el matrimonio

Dicho lo anterior, es importantísimo que entendamos la sacralidad de la sexualidad vivida en esa alianza eucarística.

La autenticidad de la santidad del abrazo conyugal está llamada a concretarse ahora en cosas pequeñas ¿vale? Hasta ahora he querido subrayar que Dios ha querido revestir ese abrazo conyugal de ese sacramento, de esa alianza entre Cristo y su Iglesia. Ahora vamos a dar un paso más, y el paso más es que estamos llamados ahora a que **ese abrazo conyugal tiene que concretarse en las pequeñas entregas del día a día** para que no sea un abrazo que no signifique la entrega de la vida, porque si el abrazo significa la entrega de la vida, lógicamente de ahí tiene que desprenderse la entrega en las cosas más pequeñas, perentorias.

El matrimonio vive de pequeñas entregas, de pequeñas donaciones, aunque luego se exprese en ese abrazo conyugal, sí, pero ese abrazo conyugal tiene que después materializarse en pequeñas entregas. Entonces, hay que pasar del altar a la vida, y hay que pasar del lecho nupcial a la vida concreta.

Obviamente es un peligro el de ir juntos a misa y volver a casa exactamente igual que hemos sido. Es un peligro el realizar el acto, el abrazo conyugal, y luego desfigurarlo en nuestra convivencia en el día a día, pues vaya contradicción.

Aquí la clave está en eucaristizar nuestras vidas, eucaristizar nuestras vidas, eso tiene que ser para nosotros **una meta: eucaristizar nuestra vida**, la Eucaristía no sólo tiene

que expresarse en ese abrazo conyugal, no sólo tiene que alimentarse obviamente de la alianza eucarística, sino que después tiene que traducirse pues en la cocina, en la enfermedad, en el trabajo, en el coche, yo qué sé, montones de cosas ¿no?

Entonces, la pregunta sería: ¿cómo sería una vida eucaristizada? ¿**Cómo sería un matrimonio eucarístico**? Y me voy a atrever a dar cinco claves de discernimiento de si nuestra vida está suficientemente eucaristizada, aterrizada, concretizada, ¿de acuerdo?

1) Lo primero, el matrimonio sabe dar gracias.

Eucaristía significa «acción de gracias». Entonces, creo que un signo de que hemos entendido la alianza matrimonial es que vivamos en acción de gracias por nuestro esposo, por nuestra esposa, por nuestro cónyuge, o sea, la conciencia de que Dios me ha dado una ayuda adecuada. Dios me ha dado la alianza con quien yo necesitaba para poder avanzar en mi vocación hacia la santidad. ¿Qué sería de mí si no hubiese tenido este don?, a veces hasta suele ser bueno hacerse esta pregunta: ¿qué sería de mí sin la alianza matrimonial?, ¿qué sería de mí si Dios no me hubiese puesto a mi esposa, a mi esposo en el camino de mi vida? Tomar conciencia de la misericordia que Dios ha tenido conmigo dándome la vocación que me ha dado, tomando esa conciencia de decir: «*Dios ha tenido misericordia de mí*». Es la ayuda adecuada, es la persona que debía de ser, estaba escrito desde toda la eternidad que fuese ella.

Yo tuve el regalo de tener un encuentro con el Papa hace unos meses, pedí una cita, estuve con él, la verdad fue una hora de charlar con él inolvidable, y salí de allí diciendo: «*Este es el hombre que Dios había pensado para este momento de su vida. Dios lo tenía guardado, debajo de la manga tenía guardada una carta, y aquí nos la ha sacado diciendo: "Soy yo el que dirijo la historia*"». Y salí consolado, fíjate, salí consolado.

Bueno, pues eso mismo yo creo que tiene que experimentarse en el matrimonio: esta es la persona que Dios ha puesto, era la que tenía que ser para la santificación de mi vida, y le doy infinitas gracias a Dios por esa conciencia. O sea, que el matrimonio se expresa en esa acción de gracias.

2) En segundo lugar, se expresa también en saber pedir perdón y perdonar.

Alguien dijo que: "*Un matrimonio feliz es la alianza de dos buenos perdonadores*", de dos buenos perdonadores. Porque obviamente mi marido, mi mujer, no son Jesucristo, son sacramentos de Jesucristo, y obviamente yo no puedo esperar de él lo que solo de Dios puedo esperar, no es cuestión de que me decepcione, a ver, yo solamente puedo esperar de Dios lo que Dios me puede dar.

Hay un episodio en la vida de San Agustín, que está en el capítulo cuarto del libro de las *Confesiones*, que es el episodio en el que, claro, Agustín antes de su conversión tenía 19, 20 años, tenía un amigo, era su amigo del alma, y lo compartían todo, y de repente se muere su amigo, y eso para él fue un desgarro tremendo. Y en ese momento Agustín estuvo a punto de perder la cabeza porque decía: «*Yo ahora sin mi amigo ¿qué hago?, si es que la vida no tiene sentido*», o sea, es que podía haber hecho una tontería porque le parecía que se había terminado todo. Luego él

comprende, cuando hace la lectura después de su conversión en el libro de las *Confesiones*, comprende que él estaba esperando de su amigo lo que no podía esperar, que es lo que solo Dios puede darte, le había endiosado.

Entonces, no, nosotros no endiosamos a nuestro esposo y a nuestra esposa, es un sacramento de …, no le endiosamos. Incluso yo creo que es muy providencial que tenga algunos defectos ¿sabes?, claro, claro, es decir, mira, yo creo que hay que hacer la siguiente lectura: mi esposo, mi esposa, tiene las virtudes que yo necesitaba para que fuese una buena compañía para mí y tiene los defectos que tenía que tener para que yo me purifique ¿sabes?, eso es así.

Yo recuerdo a mis padres, que nos dieron un ejemplo de amor impresionante, pero me acuerdo que mi padre era de los de que las cosas están un poco ordenadas, era puntual, y mi madre era impuntual: «*Mañana vamos a tal sitio*», y mi madre venía a decir: «*Bueno, ya veremos a ver cómo sale el tiempo*». Entonces mi padre: «*¿Cómo que a ver cómo sale el tiempo?*», mi padre necesitaba en su estructura psicológica tener las cosas programadas para el día siguiente.

Entonces, ¿qué es lo que yo pienso? que es que Dios nos pone la persona que tiene que ponernos, primero para aprender de sus virtudes y para purificarnos con sus defectos ¿sabes? O sea, Dios sabe hacer las cosas, y hay que decir: esta mujer tiene, este marido tiene las virtudes necesarias y los defectos necesarios para santificarme. Ese es mi escenario, y entonces yo también me santifico sabiendo perdonar y sabiendo pedir perdón. Entonces, no hay matrimonio eucarístico sin matrimonio reconciliado.

En el Camino Neocatecumenal suelen hacer los domingos por la mañana una oración de Laudes muy compartida en el seno de la familia, dentro de la cual hay como una petición de perdón familiar, allí se pide perdón pues por lo que ha pasado esta semana, por esto, por lo otro y por lo otro. Y claro, y es un momento muy sagrado, es un momento muy sagrado en el que públicamente nos expresamos el perdón y nos perdonamos. Y no solo eso, sino que incluso, el perdón dominical familiar está muy bien, pero incluso, el Papa Francisco solía repetir mucho que no hay que acostarse, no hay que terminar un día sin habernos reconciliado, sin haber expresado una petición de perdón, no hay que hacerlo, no podemos concluir un día alimentando el rencor.

Bueno, por lo tanto, un matrimonio, creo que una clave es su acción de gracias, otra clave es el tener esa prontitud de perdonar y pedir perdón.

3) La tercera clave, sin duda alguna, está en nuestra... en eso que se ha dicho antes de la radiografía del lavatorio de los pies, en esa radiografía de que ayer nos decían en el testimonio que nos dieron aquí por la noche, en el testimonio de ver "el tonto de la semana", del tonto de la semana, esa prontitud al sacrificio y a la entrega. Eso a nosotros nos lo decía don José Antonio Sayés, Don José Antonio Sayés decía: «Para que una familia no se rompa tiene que haber por lo menos un tonto en ella. Y para que sea feliz tienen que competir todos por ser el más tonto». Exactamente el testimonio que nos dieron ayer aquí por la noche, exactamente ese es el testimonio.

O sea, creo que la alianza matrimonial se tiene que traducir en una llamada al olvido de uno mismo, al olvido de uno mismo. Claro, que es que si hay algo que es contradictorio con la alianza matrimonial es el egocentrismo, el egocentrismo, eso es totalmente contradictorio.

Yo a veces he dicho así un poco en plan de buscar una reflexión un poco provocadora, he dicho: «*Es más incompatible ser una persona casada y egoísta, que ser casi un cura ateo*», mira, o sea, un cura ateo... ¿cómo puede ser un cura ateo? Es que claro, ser casado y egoísta es que, claro, la cosa es una bomba, eso es una contradicción absoluta, eso es una bomba.

Bueno, pues creo que eso es un buen test, un buen test matrimonial: el ejercicio del olvido de nosotros mismos. Y creo que eso es muy bueno concretarlo en pequeñas cosas, porque para que se generen virtudes tiene que haber hábitos, y para que los hábitos se puedan llegar a adquirir tiene que haber repetición, repetición de actos. Y cada uno tiene que decir: «*A ver, yo voy a hacer mi pequeño planning de aspectos en los que tengo que incidir para llegar a generar un hábito del olvido de uno mismo*».

4) Cuarto aspecto, creo que también otra clave, otra clave que nos habla de la salud de un matrimonio es el <u>saber adorar juntos</u>, adorar juntos.

Cuando un marido y una mujer se arrodillan juntos ante Cristo, aprenden a no ponerse ellos mismos en el centro ocupando el lugar de Dios. Adorar a Jesucristo en la Eucaristía es destronar nuestro ego, si uno adora bien, está destronando su ego y está pasando del egocentrismo al cristocentrismo. Entonces, es así ¿no?, cuando Cristo está en el centro, entonces yo no estoy pensando que el resto de las personas tienen que estar puestas a mi servicio para hacerme feliz a mí. No, tenemos que dar gloria a Dios, tenemos que servir a Jesucristo, suya es la gloria y estamos unidos en Cristo, en él, en él está nuestro encuentro.

5) Y, en quinto lugar, el quinto lugar es el del <u>matrimonio misionero</u>.

Porque la Eucaristía, en el fondo, nos conduce, nos conduce a la misión, nos conduce a la misión. El matrimonio no existe solo para estar bien, existe para que a través de él Cristo pueda llegar a los hijos, a los familiares, a los amigos y al mundo.

Lo normal es que también en un matrimonio nos hagamos la pregunta: «*¿Somos una familia misionera? ¿Somos un matrimonio misionero? ¿Qué podríamos hacer? ¿Qué pasos podríamos dar para introducir esta dimensión en nuestra vida*?». Ojo, que si esa dimensión falta, sin duda se va a notar en la relación matrimonial, pues porque nos falta también tener puesto el corazón en la misión. Y cuando tenemos puesto el corazón en una misión concreta en una familia, en un matrimonio, eso nos estabiliza, nos centra, nos descentra de nuestro egoísmo, pone el acento donde tiene que ser puesto.

Entonces, pues digamos que, desde esta perspectiva, desde esta perspectiva, **<u>nuestra conclusión es</u>**: **<u>vivamos bien la Eucaristía</u>**, alimentemos en ella la alianza matrimonial.

No basta con ser fiel al precepto dominical, es necesario enamorarse de la Eucaristía, porque la Eucaristía es la que inspira la alianza matrimonial, enamorarnos de la Eucaristía, no basta con ser fiel. Ayer se lo dije a los chavales de Jurco, les dije: «*Mirad, un salto a la madurez es enamorarse de las cosas que hago. Enamorarse, hacerlas como un enamorado*». Para mí la Eucaristía tiene que ser pues es el momento, el momento culminante ¿no?

Y entonces es muy importante que, fijaros, **preparemos bien la Eucaristía**, porque si algo es lo central en tu vida, eso tiene que estar preparado.

Yo me atrevería a deciros que en una familia debe de haber también una vivencia de la Eucaristía en la preparación de las lecturas bíblicas que van a ser proclamadas. En una familia tiene que haber también una escuela litúrgica, ahora mismo hemos rezado los laudes y ahí Pelayo ha hecho unas explicaciones de los laudes, las laudes por cierto de lo que significan, de por qué quizás el Ángelus tiene un sentido antes que el ofrecimiento de obras, de por qué nos santiguamos. Ojo, tenemos que zambullirnos en la liturgia, es que, si no nos adentramos en el lenguaje litúrgico, vamos allí ¿sabes?, y yo tengo que hacer un esfuerzo de meterme en la liturgia, si no luego lo típico suele ser: «*No, es que hay que hacer una liturgia participativa en la que se hagan cosas que los jóvenes entiendan*». A ver, tendré que ser yo el que haga un esfuerzo de entender el lenguaje litúrgico ¿sabes?, no voy a pretender hacer yo una liturgia hecha a mi medida, entre otras cosas, porque la liturgia es signo y expresión de la unidad y de la comunión de la Iglesia. Entonces, creo que tenemos que tener una escuela litúrgica para vivir mejor la Santa Misa.

Vivir un misal, antes... hoy en día con los medios electrónicos es mucho más sencillo, pero hemos tenido un misal y en ese misal seguir la Eucaristía, seguirla de cerca, como he dicho antes, vivir. Yo tuve el regalo, tuve el regalo de que en mis años de adolescencia un grupito de jóvenes pues nos juntábamos los sábados por la mañana y preparábamos la Eucaristía dominical, eso fue muy importante en mi vida. Si eso se hiciese en familia, si una familia eucarística preparase la Eucaristía, la preparase, sería la bomba, eso sería una fuente de alimentar, o sea, permitir que la Eucaristía, la alianza eucarística alimente la vida de la familia.

La importancia de vivir juntos la Eucaristía, porque eso suele ocurrir también, que cuando va para adelante la vida familiar se pasa de vivir la Eucaristía todos juntos, a luego ya por motivos prácticos cada uno va yendo cuando puede, bueno, habrá razones también a veces para tener que ir cada uno por su cuenta a misa, puede haber razones. Pero es que la Eucaristía celebrada como matrimonio, como familia unida, tiene un plus, tiene un plus, un plus evangelizador.

Recuerdo una médico, una médico digamos no creyente, bueno, o digamos que había tenido una conversión, había tenido una conversión a raíz de un matrimonio católico del cual ella era médico. Entonces pues esa mujer decía que claro, le llamaba la atención en medio del barrio en que vivía pues ese matrimonio que ahí se acercaba y era un espectáculo comparando con los demás. Y decía ella que es que le admiraba, le admiraba la alegría de ese matrimonio, de una familia numerosa, de sus niños en medio de todo. Y que los domingos por la mañana, ella se levantaba tarde, a ella le gustaba un poco con el café asomarse al balcón para ver cómo esa familia salía todos juntos para ir a misa, porque era para ella decía un espectáculo, era un espectáculo, «*Yo tomaba desde*

el café medio dormida, que había salido de juerga la noche anterior, pero me levantaba para verlos salir a misa», fíjate tú eso, ¿sabes? En el fondo una familia inspirada por la Eucaristía tiene una atracción tremenda, tiene una fuerza de atracción tremenda diciendo: «*¿Estos, ¿qué les une de esa manera?*». Y claro, ella, esa mujer, ese fue fíjate su aproximación, porque Dios se sirve de muchas cosas, y la aproximación de una familia viendo que los domingos se preparan, van todos con alegría, salen: «*Ya, venga, que vamos para adelante*», es una llamada a decir: «*¿Estos qué tienen que les una de esa manera? ¿Qué tienen que les configure de esa manera*?».

En resumen, en síntesis, el matrimonio cristiano se comprende desde la Eucaristía, porque ambos son sacramentos de una misma lógica: la alianza, el don de sí, la entrega hasta el extremo y la comunión. La Eucaristía da a los esposos la gracia para vivir aquello que prometieron.

Hay algo también que es paradigmático: que la palabra comunión significa en nuestro lenguaje dos cosas: recibir el cuerpo de Cristo: «*Ha comulgado*», y la palabra comunión significa la alianza, "la común unión", o sea, la misma palabra significa dos cosas: recibir el cuerpo de Cristo y la común unión entre nosotros. Es que es la alianza de Cristo, es la unión con Cristo la que permite la comunión entre nosotros, el «*sí*» de los esposos y el «*Esto es mi cuerpo*» pertenecen a la misma lógica, es la alianza del Sinaí, del Calvario, del Cenáculo.

Y cada domingo, cuando marido y mujer se acercan al altar, pueden pedirle a Jesús: «*Señor, danos tu corazón para que sepamos amarnos, no según nuestra medida, sino según la medida de tu amor*», esa es la medida del amor matrimonial.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.